

# Gamoneda y su “Visión del frío”

Eloisa Otero, poeta, periodista

“Libro de versos muy malos, de temática y métrica diversa. Sobre todos ellos campan un sentido de resentimiento y odio. Muchos de ellos aparecen con citas de Marx, Lefevbre y otros marxistas. La tónica general de la obra es demagógica, pues aunque no lo dice claramente, el ambiente de desolación que pinta se refiere a España. Así mismo, tiene sus toques de ateísmo. La obra carece en absoluto de valor, pero como hay algunos poemas que pueden ser pasables, se ha preferido señalar, en las páginas marcadas, pues no están numeradas, los poemas que deben ser suprimidos. Con estas tachaduras es publicable”.

Así reza el expediente de la censura franquista que, en 1968, desaconsejó la publicación íntegra de *Blues castellano*, de Antonio Gamoneda (Oviedo, 1931). La lectura de este expediente provoca una sonrisa irónica casi 40 años después. Sobre todo porque éste es uno de los libros de Gamoneda que más aprecian hoy las jóvenes generaciones, un libro en el que se pueden leer poemas como el titulado ‘Tarareando Nazim’ –en alusión a Nazim Hikmet (1902-1963), poeta turco que escribió buena parte de su obra en prisión, tras ser acusado de revolucionario–:

“Tengo ruidos en la nuca, doctor. / Siento el cráneo apretar y crujir, / sobre todo si hay penas. No sé... / Hace ya siete años, doctor, / que en vez de pensamiento tengo un ruido / y una pasta muy triste en la cabeza. / Yo haré lo que me diga; yo tendré / paciencia y confianza. Puede ser. / Yo tomaré las medicinas / para poder pensar en mis amigos. / Pero si lo que ocurre, doctor, / es que tengo algún mal que se produce / a causa del amor / y el pensamiento de la resistencia, / entonces, déjelo; esto no es / más que nuestro sonido natural. / Yo viviré / mejor con este ruido en la cabeza”.

El expediente de la censura franquista es uno de los documentos que abren la exposición *Visión del frío*, inaugurada por los Reyes de España el 23 de abril de 2007, en la histórica Universidad de Alcalá de Henares, con motivo de la concesión a Antonio Gamoneda del Premio Cervantes 2006. La exposición ya ha visitado ciudades como León, donde reside el poeta desde que era un niño, y probablemente viaje en 2008 a Ovie-

do, su ciudad natal, y a Frankfurt, donde el Instituto Cervantes tiene previsto abrir una biblioteca en su sede con el nombre de Antonio Gamoneda.

En *Visión del frío* el propio Gamoneda da cuenta de su vida y su obra a través de dos partes bien diferenciadas. Por un lado, una parte documental, la de sus “trabajos, felicidades y quebrantos”, en la que se incluyen todos sus libros –con un lugar destacado para *Otra más alta vida*, el libro de su padre, fallecido cuando Gamoneda no había cumplido un año y en el cual el pequeño Antonio aprendió a leer–, pero también objetos personales, fotos familiares, correspondencia con amigos creadores, distintos premios y galardones recibidos...

Por otro lado, Gamoneda ha reunido 41 obras plásticas (pintura, grabado, escultura, cerámica...) de 20 relevantes artistas –Alejandro Vargas, Juan Carlos Mestre, Alejandro Mieres, Amancio González, Albert Agulló, Juan Barjola, Elías G. Benavides, Bernardo Sanjurjo, Jesús Martínez Labrador, Jorge Pedrero, Juan Martínez, José Hernández, Arcadio Blasco, Orlando Pelayo, Esteban de la Foz, Antoni Tàpies, Faik Husein, Eduardo Chillida, Lucio Muñoz y Jean-Louis Fauthoux–. Con cada uno de ellos el poeta ha entrado, a lo largo de su vida, en situación de diálogo. Y esto es algo que se manifiesta en la exposición, ya que cada obra aparece acompañada por un poema de Gamoneda.



Juan Barjola, *Aguatinta y punta seca*.

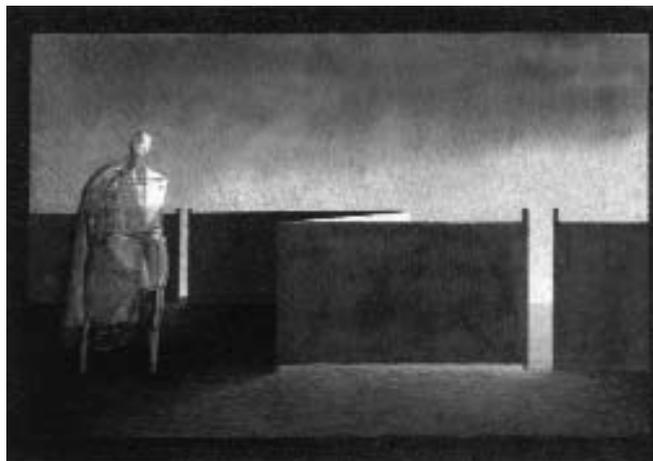
“Todos estos cuadros forman parte de mi vida”, explica el poeta, cuya relación con las artes plásticas, durante años, ha sido estrecha y fundamental. “Quizá la relación entre estos artistas y mis poemas se encuentre en que la pintura o la escultura son poesía que se ve y la poesía es pintura o escultura que se siente”.

La mayoría de estas 41 piezas de arte han sido descolgadas de las paredes de su casa, en León, y todas tienen su historia singular, que nace de un nudo personal e intelectual entre el poeta y cada uno de los artistas, de vínculos afectivos y creativos que hunden sus raíces en una manera de entender el arte y de afrontar el mundo que les ha tocado vivir.

Muchas de estas obras también están ligadas a la labor que, durante años –desde finales de los 60 hasta principios de los 80–, ejerció Gamoneda como crítico de arte y como programador, en León, de la Sala Provincia de la Diputación de León, a la que atrajo a interesantes artistas del momento –sin olvidar que en esa misma época y bajo su dirección, la colección de poesía ‘Provincia’ se convirtió también, en España, en un referente de la poesía contemporánea–.

Se trata de piezas representativas de distintas corrientes artísticas, en la línea del realismo crítico o en la del simbolismo, en la del informalismo, el expresionismo o la abstracción lírica. Corrientes que responden, por otra parte, a la sensibilidad de una época. Porque *Visión del frío*, de alguna manera, echa el ancla en el torbellino de búsquedas en que estuvieron volcados los artistas plásticos españoles más inconformistas, en la misma época –los efervescentes años 60 y 70– en que se empieza a gestar la obra del poeta que llegará a ser Gamoneda, sobre todo a partir de la publicación de *Descripción de la mentira* (1977), un libro emblemático que ya contiene, en germen, su poderosa escritura posterior, sus símbolos y obsesiones, sus preocupaciones y su memoria histórica, su música interior y su fantástica capacidad de sugerencia.

Como el propio Gamoneda, la mayoría de estos creadores quedaron marcados en su niñez, primero por el trauma de la



Faik Husein, Dibujo.

terrible Guerra Civil y, después, por la dura posguerra, por años de pobreza, autodidactismo y esfuerzo, de largas jornadas de trabajo y falta de libertad, un tiempo de “fraternidad sin esperanza”. Quienes reivindican la absoluta libertad creadora la tendrán que ejercer en solitario, haciéndose a sí mismos al margen de los circuitos literarios y artísticos, enfrentándose a la censura y en ocasiones al exilio, avanzando casi a

ciegas por caminos desconocidos, en busca de nuevas formas de expresión.

Cabe decir además que esta exposición no responde a la simple exhibición de una colección particular de piezas de arte. Entre las 41 obras plásticas y los 37 poemas manuscritos que las acompañan existe, sobre todo, una voluntad de diálogo –que es patente por ejemplo en el caso de Tàpies, con quien el poeta publicó un libro en colaboración, titulado *¿Tú?–*. El propio Gamoneda lo ha explicado así: “A veces se trata de un pacto, el de hacer una obra conjunta, no un comentario (poético o pictórico) de un cuadro o de un poema. Por ejemplo, Juan Barjola y yo pensábamos en un hecho trágico, como la matanza de la Plaza de Toros de Badajoz, en 1936, del que hicimos una metáfora. Otras veces, como en los deliciosos ‘papiers’ de Jean-Louis Fauthoux, un poema suscita al artista y el trabajo del artista suscita al poeta”. En otros casos, se trata de obras con las que ha convivido: las relaciones no se ven, se muestra el sentido oculto. “Si uno pudiera ser hijo de un cuadro, yo sería hijo del cuadro de Jorge Pedrero, persona muy querida y que fue mi maestro. Entre Alejandro Vargas y yo hay, además, coincidencias biográficas, lo que hace que nuestras referencias a la vida sean muy cercanas. También hay coincidencias temáticas, como con las piezas de Bernardo Sanjurjo, que desarrollan un primer término sombrío y un gran dinamismo pictórico por detrás (yo estaba escribiendo unos poemas titulados *Más allá de la sombra*)...”.

Y así con todos y cada uno de los artistas. Podrían ser más. Pero el poeta ha realizado una selección, basada en la amistad –y Gamoneda es hombre de amistades profundas, de corres-

pondencias y de cercanías afectivas en las que no intervienen las distancias físicas— y sobre todo centrada en el interés común de colaboración que en determinados momentos le unió a cada uno de estos 20 creadores.

### “Un río sumergido”

Alguien dijo una vez que, desde el libro *La tierra y los labios* (1947-1953) hasta la antología *Sólo luz* (2000), Gamoneda había pasado por la poesía española “como un río sumergido”. Un río de pensamiento y “revelación” poéticos que el gran público lector ha empezado a descubrir hace muy poco, sobre todo a partir de la concesión del Premio el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana o el Cervantes 2006.

Gamoneda, trabajador paciente y riguroso, es un escritor que ha ido revelando sus propios versos sin prisa, sin preocu-

parse en absoluto por el qué dirán, ajeno a generaciones, modas o tendencias, guiado como por una callada estrategia sostenida en la demora, el silencio e incluso un cierto exilio interior. Durante años ha sido un poeta casi secreto. Su obra ha ido construyendo un territorio conocido por muy pocos, difundido por las redes libres del boca a boca, analizado y leído por críticos, pensadores y artistas que a su vez han evolucionado al explorarlo. Así es como ha ido conquistando un espacio propio en el ingente campo de las letras españolas y europeas.

Como argumenta el poeta y crítico Tomás Sánchez Santiago, estamos ante “un caso insólito en los usos habituales del mundo literario español, un poeta cuya identidad está, antes que nada, en su escritura, y que ha vivido sin la necesidad de construirse un personaje que lo represente y, aún más, sin la preocupación de integrarse en deliberados engranajes generacionales a fin de acompañar los límites de su propio discurso con el de otros”.

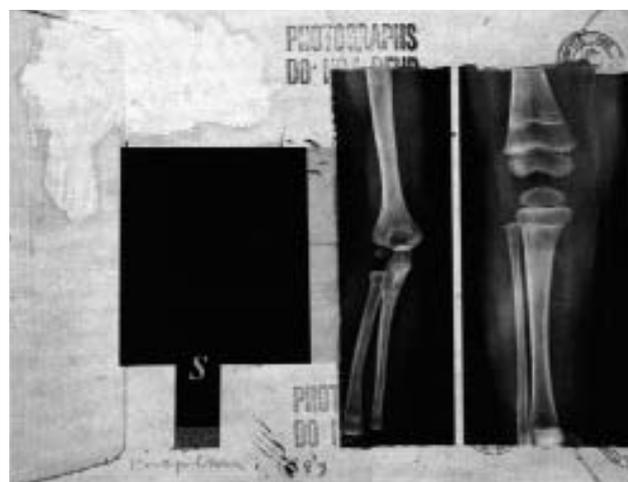


Antoni Tapies. S/TAguafuerte (58x79cm), *La visión del frío*.  
Antonio Gamoneda. Catalogo, Universidad de Alcalá, 2007.

Para algunos, Gamoneda es un escritor “hermético y difícil”. Para otros, sin embargo, se trata de un poeta “profundamente serio, melancólico y apasionado, con fuerte peso irracionalista”. Un poeta que hace suyo, y al mismo tiempo nuestro, un léxico arcaizante y rural, y que ha bebido “de fuentes muy distintas que sus coetáneos”.

Su gran pasión, desde hace más 60 años, es la página en blanco. A 1947 se remonta el primer poema suyo que se conserva manuscrito: “Te beberé el cabello, / y cerraré los ojos. // Tu seguirás manando / tu cabello / turbio de besos.” Y de esta forma describe su hija Amelia su proceso de creación en la soledad de su estudio: “En mi memoria de siempre mi padre es un hombre que escribe; o mejor dicho, es un hombre que trabaja, que trabaja en la escritura. Escribe con todos los músculos,

reconcentrado, tachando con decisión, rompiendo energicamente los papeles, y luego pulsando las teclas –de las máquinas antes mecánicas y hoy del ordenador– hasta desgastar sus mecanismos. Su ruido de escritor es el de un oficinista, el del oficinista que fue, el del obrero y su máquina; en mi memoria imaginaria, este ruido se prolonga hacia atrás en el tiempo y se confunde con el de las máquinas de bordar que mi abuela pedaleaba incansablemente en una galería. Algunas noches, en la casa de mis padres, el ruido de las teclas no se interrumpe más que durante tres o cuatro horas; pienso entonces si mi padre no le estará haciendo compañía a mi abuela, pienso si este oficio de escritura, ejercido así, con ese apremio, con ese esfuerzo, con esa necesidad, no habrá recibido su ritmo de esa experiencia familiar del trabajo, de esas noches de la infancia de



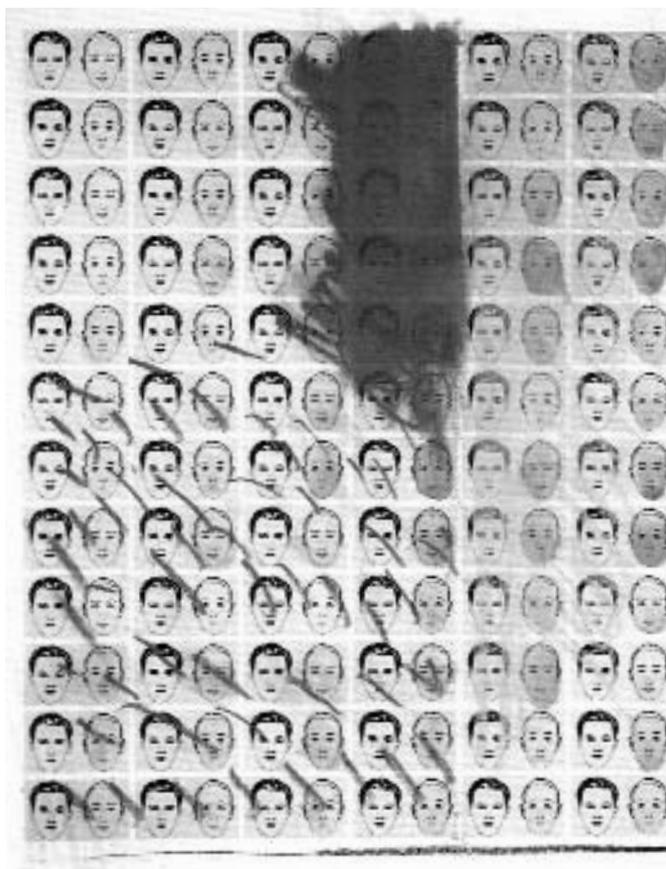
Diego Lara, *Sin título* (Políptico de 4 piezas), 1989.

mi padre en las que él tampoco acertaba a percibir cuándo se paraban las máquinas de bordar de mi abuela. (...)”.

El crítico y poeta Miguel Casado, uno de los que más y mejor ha indagado en su obra, se pregunta en el texto que escribió para el catálogo de *Visión del frío*: “¿Cómo aparece un gran poeta?, ¿de qué manera trasciende su entorno inmediato?”. Y continúa: “Ciertamente, en cada ocasión resulta difícil no sentirlo como un fenómeno misterioso, como un destino que impone su fuerza oscura por encima de las circunstancias”.

Pero volvamos a *Blues castellano*, una de sus obras más musicales. El libro fue censurado en 1968 y se publicó casi veinte años después de haber sido escrito. La cita de Simone Weil que abre esta obra resulta significativa: “La desgracia de otros entró en mi carne”.

La joven poeta Elena Medel inicia así su personal lectura de este libro, lectura que aparece recogida en una de las últimas ediciones de *Blues castellano* (Bartleby, 2007) con el título de ‘La canción del solitario’: “ALGUIEN TE OBSERVA. Escucha cómo alguien, tras de ti, sigue –e imita– tus pasos, cómo se acerca –“yo sentí su mirada en mi vida”–, cómo alguien acaba entrando en ti, siendo tú, contando pulsaciones, marcando el ritmo de tus pensamientos. Es el comportamiento de la poesía de Antonio Gamoneda: habita al lector, que la interioriza, desentraña y reescribe con una lectura que no zanja la aproximación, sino que permite que se expanda. De esta forma, el lector no se limita a ejercer como ‘espectador’ de lo leído, sino que se convierte –en cierto modo– en ‘coautor’ del poema. Se trata de una poética abierta en cuanto a su recepción e interpretación: el poema nace, para Gamoneda, con la escritura, pero sólo vive con la lec-



B.G., Diego Lara, 1974.

tura ajena, convirtiéndose verdaderamente en poema a los ojos y reflexión de otros. Comprendemos que la poesía se transforma, entonces, en un acto de generosidad: respira a través del lector, sin etiquetas ni restricciones. El propio Gamoneda no es ajeno a este proceso, puesto que para abordar sus poemas tras la escritura –con independencia del tiempo que medie entre ambos pasos– abandona el papel clásico de ‘autor’, convirtiéndose en ‘lector’ y ‘reinterpretando’ y –por tanto– ‘reescribiendo’ de manera incansable”.

Fiel a su idea de que el poema nunca está acabado y obsesionado por la reescritura, Gamoneda ha advertido en numerosas ocasiones que

su continua voluntad de reescribir se produce “no por un afán de pulir u ornamentar, sino porque yo entiendo que el poema no es una piedra rígida e inamovible. Por ser una emanación de mi propia vida, de mi voz y mi sufrimiento, el poema es un organismo viviente, como lo soy yo y lo son las células de mi cuerpo. No se trata de ficción, se trata de mi vida, porque la poesía es verdad. El poema no está hecho de realismo sino de realidad, que no es lo mismo. La poesía es la realidad en sí misma”.

La poesía, como el arte, dice el propio Gamoneda, “es una emanación de la vida”, sí, pero de la vida “en su contexto histórico”. Él habla de una poesía que se escribe “en la perspectiva de la muerte, pero desde el amor a la vida”. Y este amor a la vida lleva consigo unas exigencias: “La vida que yo amo y necesito es una vida más justa y más bella”.

Desde esa perspectiva, la poesía ha sido siempre para él “un arma de lucha”. Igual que para muchos otros artistas de otras disciplinas que, como él, vivieron años de sufrimiento, soledad, pobreza y represión; años que marcaron su vida y su trabajo de una forma definitiva.

Buena parte de su obra se ha forjado a partir de las heridas que deja el paso del tiempo. Por eso dice, también, que la poesía "es un arte de la memoria". Pero añade que el lenguaje (la poesía) "es una droga benéfica, una droga que puede crear una especie de "viaje", de ebriedad. Y afirma incluso que, muy probablemente, la escritura puede ser una buena manera de escabullirse del miedo a la muerte. "La poesía es siempre algo que te pertenece, que se desprende de tu vida, no de tu imaginación o de tu talento literario. La poesía es una cosa tan interna de tu vida como la respiración o la deglución. En la poesía estás hablando de ti mismo, de tu propio fracaso, sufrimiento o alegría".

Después de pasar 60 años luchando contra la página en blanco, Antonio Gamoneda ha dejado de ser un poeta oculto, un poeta "de culto", para convertirse en un autor deslumbrante y sugerente, ampliamente reconocido en su voz inconfundible y singular.

"Cuando leí por primera vez a Antonio Gamoneda -hacia

1983-, su poesía era un secreto bien guardado entre las murallas de León, aunque ya hubiera publicado tres libros", recuerda Miguel Casado en el prólogo de *Visión del frío*. Y continúa: "Veintitantos años después, su nombre se ha convertido en la más importante referencia de la poesía española actual; no se puede hablar de poesía moderna en nuestra lengua sin reconocer el papel clave de su obra, de las preguntas y caminos que ha suscitado, de la apertura sin restricciones a que nos obliga como lectores. El proceso que ha llevado de aquel silencio hasta este reconocimiento reúne, de modo emocionante e insólito, la necesidad con la justicia. Y hoy la poesía de Gamoneda ya es patrimonio de todos".

Estamos ante un escritor cuyos versos se hacen indispensables para los que creen en una poesía aprehensible "bajo condiciones de sensibilidad" y no necesariamente de inteligibilidad. Los lectores que se acerquen a su universo poético podrán descubrir uno de los más bellos y hondos poetas de la literatura escrita en español.



Jesús Martínez Labrador,  
*Retrato de Antonio Gamoneda.*